

CAUSAS, PRINCIPIOS Y ELEMENTOS. LA ESTRATEGIA DE ARISTÓTELES EN METAFÍSICA Z – H *

JORGE MITTELMANN
Universidad de los Andes, Chile

RESUMEN: Aristóteles mantuvo que la inscripción de una cosa sensible en su especie no es un hecho «primitivo» de nuestro mundo físico, sino que resulta de la configuración de sus materiales con arreglo a una «forma» o conjunto de capacidades funcionales. Tales capacidades habilitan al compuesto resultante para ejecutar las operaciones propias de su especie. La forma, así entendida, opera como «principio» —y no como «elemento»— del compuesto. El presente artículo intenta esclarecer a qué categoría de entidad pertenecen dichas «formas», si es que cabe adscribir las a alguna. Se argumenta que el principio formal de un compuesto aristotélico no ha de entenderse como una trasposición inmanente del eidos platónico, que sólo diferiría de éste por su localización en el mundo sublunar.

PALABRAS CLAVE: hilemorfismo, función, paradigma, principio, elemento.

Causes, Principles And Elements. Aristotle's Strategy In Metaphysics Z – H

ABSTRACT: Aristotle maintained that kind-membership is not a primitive fact about the world, but one which depends on the prior fact that some parcel of matter is shaped by a «form» or a functional set of capacities. These capacities enable the resulting composite to perform the proper operations of its species. So understood, the form works as a «principle», and not as an «element», of the composite. This paper attempts to clarify in which category of being, if any, Aristotelian forms belong. It argues that an Aristotelian formal principle ought not to be considered as a mere immanent variation of the Platonic eidos, which would differ from the latter only insofar as it dwells in the sublunary realm.

KEY WORDS: hylomorphism, function, paradigm, principle, element.

Es notorio que en tramos decisivos de su filosofía natural y de su metafísica, Aristóteles recurre a «formas», atribuyendo a estas últimas un valor explicativo respecto del modo de ser y propiedades de las substancias sensibles. El estatuto ontológico de estas entidades provistas de valor causal resulta, en cambio, mucho más esquivo¹. Ello podría deberse, en parte, a su propia función explicativa, dado que la introducción de formas se hace con la vista puesta en aquello que se intenta esclarecer por su intermedio, sin que ellas mismas se ofrezcan, a su vez, como un fenómeno requerido de esclarecimiento.

* El presente texto fue redactado en el marco del proyecto de investigación n.º 11.100.035 (2010–2012) financiado por el Fondo Nacional de Desarrollo Científico y Tecnológico (FONDECYT) del gobierno de Chile. Una versión preliminar fue discutida en el seminario de Filosofía Antigua de la Universidad de Buenos Aires. La versión definitiva debe mucho a las observaciones de los profesores Marcelo Boeri, María Isabel Santa Cruz, Ivana Costa y Hugo Eduardo Herrera. En lo que sigue reservamos la abreviatura «DA» exclusivamente para hacer referencia al tratado de Aristóteles acerca del alma. El título completo *De Anima* aludiría siempre al texto de Alejandro de Afrodisia. También se utilizarán abreviaturas para las siguientes obras de ARISTÓTELES: *Categorías* (*Cat.*); *Analíticos Posteriores* (*An. Post.*); *Tópicos* (*Top.*); *Refutaciones Sofísticas* (*Soph. El.*); *Física* (*Phys.*); *Metafísica* (*Metaph.*); *Sobre la generación y corrupción* (*Gen. et Corr.*); *Sobre la Generación de los Animales* (*Gen. An.*); *Sobre las Partes de los Animales* (*Part. An.*); *Acerca del cielo* (*De Caelo*); *Meteorológica* (*Meteor.*); *Ética Nicomaquea* (*Eth. Nic.*); *Ética Eudemia* (*Eth. Eud.*), y *Política* (*Pol.*).

¹ Un intento expreso de dilucidar a qué categoría o tipo de entidad pertenece la forma substancial de un cuerpo orgánico (que es su alma) tiene lugar en el capítulo primero del *De Anima* (cf. *DA A 1, 402a23-26*).

to explícito. Con todo, para volver plausible este modo de explicar, es preciso disponer de alguna caracterización satisfactoria de las propias formas substanciales, so pena de atribuir a Aristóteles una tentativa de tipo *obscurum per obscuriora*.

En lo que sigue se desarrollará una hipótesis respecto de la índole de estas entidades formales, a partir de algunas indicaciones que Aristóteles suministra en los libros centrales de la *Metafísica*. El propósito de este trabajo es explorar la viabilidad de interpretar el vínculo hilemórfico como una conexión entre entidades de «tipos lógicos» radicalmente heterogéneos, entre los cuales no cabe adición, yuxtaposición ni mezcla (cf. *Metaph.* H 6, 1045b11-17). Las reservas reiteradas que Aristóteles expresa a propósito del modo platónico de concebir la causalidad formal parecen sugerir que, en algunos pasajes de su *Metafísica*, él adhiere a una comprensión poco robusta de las formas substanciales; éstas últimas «explican» tanto más cuanto menos «son», con la consiguiente dificultad de asignarles un lugar unívoco en el esquema de las categorías. En algún sentido, el valor explicativo de las formas varía en proporción inversa a su grado de «entidad», lo que se refleja en el modo inestable en que dichos ítems quedan adscritos a la categoría de la οὐσία².

Si la interpretación propuesta es admisible, la demarcación aristotélicamente relevante no será aquella que divide los entes en objetos sensibles e inteligibles, sino la que discrimina entre aquello que es «objetivo» (o tiene el modo de ser de un objeto), y aquello que no lo es. Comparada con esta nueva demarcación, la división platónica estándar discriminaría entre entidades fundamentalmente homogéneas, que sólo difieren entre sí por la presencia o ausencia de materia.

EXPLICAR POR RECURSO A «FORMAS»

No es aventurado sugerir que las investigaciones emprendidas a partir del último capítulo de *Metafísica* Z proporcionan un conjunto de indicaciones «heurísticas» de segun-

² La ambigüedad es particularmente notoria en el caso de las formas substanciales de los organismos, a las que Aristóteles reserva un modo peculiar de ser «substancia» (cf. *Metaph.* Δ 8, 1017b14-16; H 2, 1042a26-31; DA II 1, 412a19-21), que hace posible incluirlas entre los miembros de la primera categoría. Decir del alma que ella es οὐσία parece surtir ante todo el efecto de impedir su confusión con la salud, o con alguna otra disposición «armónica» del cuerpo (cf. DA I 4, 407b30-408a18, y los desarrollos de Alejandro de Afrodisia, *De Anima* 25.5-26.3). En tal caso, nos veríamos forzados a alinearla en alguna rúbrica accidental, pues una disposición de ese tipo no determina esencialmente a aquello en lo que está, sino que cualifica a algo esencialmente determinado de antemano. Sin embargo, conferirle la condición de οὐσία no compromete *eo ipso* a Aristóteles a conceder al alma el modo de ser que compete a un individuo separado ο τὸδε τι (cf. *Metaph.* Z 3, 1029a27-28). El alma de Sócrates es tan οὐσία como Sócrates —sí no más que él: cf. *Metaph.* Δ 1, 993b24-31; Z 3, 1029a29-30—, sin perjuicio de lo cual ella no es un individuo separado. Aristóteles busca distinguir este modo peculiar de ser substancia tanto de aquel que compete a un substrato indefinido (DA II 1, 412a7; *Metaph.* H 1, 1042a27-28), como de aquel que es propio de un individuo concreto. Lo que está en juego en DA (y en la *Metafísica*) es aislar la determinación formal, a la cual un individuo debe su condición de substancia separada: la causa formal de su separación, sin hallarse ella misma «separada», se perfila así como un modo peculiar de ser substancia (οὐσία). En adelante, será admisible ser οὐσία en el sentido eminente de una «causa de la οὐσία» (o de aquel tipo de substancia más comúnmente admitida: DA II 1, 412a11-13; *De Caelo* III 1, 298a27-298b4; *Metaph.* Z 7, 1032a19; Z 17, 1041b28-30; H 1, 1042a6-11; H 3, 1043b21-22). *Qua* principio formal al que los objetos circundantes deben el hecho mismo de encontrarse separados y de no predicarse de otros, su εἶδος será también οὐσία. Y lo será incluso en el sentido más propio y riguroso del término (cf. *Metaph.* H 3, 1043a33-37, y la discusión en nota 30, *infra*). El malentendido platónico central (se argüirá más adelante) habría consistido en tratar como entidades separadas por derecho propio aquellos factores causales que son responsables (αἰτίαι) de la separación.

do orden, encaminadas a facilitar el hallazgo de las esencias de los compuestos sensibles en las distintas áreas de la filosofía natural. Su propósito no es tanto determinar positivamente la esencia de la casa, del trueno o de la sílaba (cuyas respectivas definiciones se discuten), sino más bien esclarecer la estructura de la pregunta que inquiere por la esencia, y el tipo de ítem que podría darle respuesta. El examen de los mencionados *definienda* no tiene lugar, en efecto, en el marco de un tratado de arquitectura, de meteorología o de gramática, sino en el de una investigación que pretende aislar la estructura explicativa básica de los compuestos sensibles en general. La sílaba y la casa ofrecen modelos de indagación particularmente perspicuos, pero desprovistos de interés intrínseco. A través suyo, Aristóteles parece preguntarse qué es lo que buscamos al buscar la esencia de algo, y responde que en toda búsqueda significativa, la esencia es aquel rasgo que responde adecuadamente a la pregunta «por qué» (διὰ τί)³. En tal medida, la especificación de la esencia de sustancias o eventos del mundo sublunar no es una operación lógico-definicional abstracta, que determine el lugar de cada tipo de cosa en una taxonomía definida *a priori*. Ello implicaría proceder de espaldas al entramado causal que las investigaciones físicas de primer orden ponen de manifiesto. Las definiciones de las ciencias naturales no son comparables a tipificaciones convencionales, cuya única virtud sea encajar adecuadamente un ítem bajo una cierta rúbrica. Por el contrario, definir es *ya* explicar o exhibir el entramado de relaciones causales que justifican la adscripción de una cosa a una determinada especie; y explicar es, a su vez, aducir el «por qué», sin contentarse con una caracterización lo suficientemente específica (pero poco explicativa), que opere al modo de una descripción definida⁴. Dado que el componente causal adquiere relevancia definicional, el «qué» de una cosa será también su «por qué», y la respuesta a ambas preguntas formará parte de la misma empresa o proyecto de investigación⁵.

En tal sentido, podría decirse que las precisiones aportadas por *Metafísica Z 17* tienen un alcance «categorial», en la medida en que conducen gradualmente a aislar el «tipo de ítem» que puede oficiar como «sustancia» de los entes sensibles, en el sentido de aquello que provea una explicación satisfactoria de la ocurrencia de un evento, o de la ejemplificación de una clase natural⁶. En el dominio de las ciencias naturales, el hallazgo de la esencia será, en cada caso, el de la causa (αἰτίον) por la cual determinados materiales constituyen a un objeto de ése (y no de otro) tipo (εἶδος). Esa causa formal será la esencia (οὐσία) del compuesto y deberá ser mencionada en la definición «explicativa» de una realidad concreta⁷. Aristóteles distingue, en efecto, dos modos de enunciar la esencia de un objeto o evento naturales, y que se expresan, respectivamente, en:

- a) un enunciado semejante a la conclusión de un silogismo, y en el que no se hace patente la conexión explicativa por la cual el predicado (*vgr.*, «ruido en las nubes») se atribuye a su sujeto (*vgr.*, «trueno»); y

³ Cf. *Metaph. Z 17*, 1041 a14-15; 20-26; 1041a32-b3; *Phys.* II 3, 194b16-23.

⁴ Cf. *DA* II 2, 413 a13-20 (con las observaciones de Ronald Polansky (2007, *ad loc.*); *An. Post.* II 8, 93a23-36; II 10, 94a7-9. *Metaph.* H 4, 1044b15, alude al «enunciado causal» de un fenómeno y a su superioridad explicativa respecto de la definición que se limita a reportar el hecho, sin aducir su causa.

⁵ En *An. Post.* II 1, 90a31-2, Aristóteles afirma que conocer una de estas cosas es *eo ipso* conocer la otra. Cf. *An. Post.* 90a14-18; II 10, 93b37-94a6 (donde la definición es caracterizada como un «enunciado que muestra el por qué»: λόγος ὁ δηλῶν διὰ τί ἔστιν). Sobre la identidad de las respuestas a ambas preguntas puede verse Botter (2007); Charles (2000, pp. 197-220).

⁶ Cf. *Metaph.* Δ 8, 1017b14-16; Z 17, 1041b5-9; 1041b27-31; H 2, 1043a2-7; H 3, 1043b9-14; 1043b22-23. Ver a este respecto las indicaciones esclarecedoras de Gómez-Lobo (2008, pp. 273-274).

- b) una definición del fenómeno que exhibe expresamente su «por qué», o que agrega a esa conexión predicativa el término medio que «causa» la conexión entre sujeto y predicado formulada en (a)⁸.

Así, se puede dar razón de un trueno indicando que es un ruido celeste, o describir un eclipse como una momentánea privación de luz, que inhibe la proyección de sombras sobre el suelo. Aunque esas caracterizaciones preliminares del *explanandum* sean suficientemente específicas y unívocas, todas ellas reportan el hecho, sin dar razón de él. Aristóteles las juzga insatisfactorias o incompletas, si se les compara con «el enunciado causal» del fenómeno (ὁ σὺν τῷ αἰτίῳ λόγος)⁹, en el cual verdaderamente comparece su esencia (τὴν αἰτίαν ἐνυπάρχειν καὶ ἐμφαίνεσθαι)¹⁰. En efecto, el rasgo explicativo que tales definiciones omiten es aquél gracias al cual descripciones de tipo (a) —esto es, universales como «trueno» o «eclipse»— tienen instancias, o son clases naturales ejemplificadas en el mundo físico.

Cuando el *explanandum* es un trueno y, en general, un *evento* natural, su «por qué» será a menudo el motor que desencadenó el proceso (τί ἐκίνησε πρῶτον)¹¹ o «aquello de lo que procede el movimiento» (ὄθεν ἡ κίνησις). En cambio, cuando el *explanandum* es un objeto físico, exhibir su «por qué» es aducir un *diseño* formal que, operando como τέλος, justifica la peculiar disposición de los materiales que lo constituyen y el orden de su ensamblaje gradual¹². La referencia a esa forma intentada en el curso de un devenir natural o artificial vuelve inteligible el proceso de constitución del objeto (su «génesis»), dado que es la οὐσία la que da cuenta de la γένεσις, y no ésta de aquella¹³. Una cosa cualquiera exhibe de este modo la identidad de su «qué» y de su «por qué», postulada por *An. Post.* II 2. Cada objeto es, esencialmente, «aquello en vistas de lo cual» fue elaborado, o la función que está destinado a cumplir; y es dicha función la que justifica (retroactivamente) sus restantes propiedades. En buena medida, el ἔργον es aquel rasgo explicativo básico que provee la esencia de un compuesto sensible¹⁴.

⁷ *Metaph.* Z 17, 1041b7-9. Nos expresamos aquí en sentido lato, pues en estricto rigor las «realidades concretas» no tienen definición, sino sólo las especies a las que ellas pertenecen: cf. *Metafísica* Z 15, 1039b27; Z 4, 1030a11-14 (con las observaciones de W. D. Ross (1924, *ad loc.*, pp. 170-171); Z 10, 1036a5.

⁸ Para el contraste entre (i) y (ii), véase *De Anima* B 2, 413a13-20; *Metaph.* H 4, 1044b12-15; *An. Post.* II 10, 94a7-9.

⁹ *Metaph.* H 4, 1044b15.

¹⁰ *De Anima* II 1, 413a15-16.

¹¹ *Metaph.* Z 17, 1041a30; *An. Post.* II 11, 94a22; *Phys.* II 7, 198b26. La preferencia por este modelo explicativo se vincula, acaso, con la renuencia de Aristóteles a extender ilimitadamente el ámbito de las explicaciones teleológicas, y con su disposición a admitir un rango de eventos a los cuales la causalidad final resulta inaplicable: cf. *Metaph.* H 4, 1044b12 y, sobre todo, *Part. An.*, 677a15-18. Cf. también *Physica* II 8, 198b16-23.

¹² Sobre la identidad explicativa de motor, forma y fin en los entes naturales, véase *Phys.* II 7, 198b24-27; *DA* II 4, 415b9-12.

¹³ Cf. *Part. An.* I 1, 640a15-19: ἡ γὰρ γένεσις ἔνεκα τῆς οὐσίας ἐστίν, ἀλλ' οὐχ ἡ οὐσία ἔνεκα τῆς γενέσεως.

¹⁴ Cf. *Metaph.* Z 17, 1041 a26-30; *Meteor.* Δ 12, 390a10-16; *Pol.* I 2, 1253a23-25. La identidad entre esencia y causa permite, en ocasiones, proporcionar explicaciones «reductivas» de fenómenos complejos (aunque, claro está, en un sentido radicalmente diverso del que ese adjetivo tiene en nuestros días). Se trata de proveer definiciones explicativas que reduzcan cada tipo de cosa a aquello que le es «esencial», y que omitan los rasgos concomitantes que se siguen necesariamente de la esencia o causa, sin ser parte suya. Así, en *Metaph.* H 3 (1043a29-36), Aristóteles advierte que el nombre normalmente asociado a una especie («hombre», «trueno») puede referirse en ocasiones a la causa formal o «componente activo» (τὴν ἐνέργειαν) de esa especie. En esta suerte de «reduccionismo inverso», no se pretende explicar al hombre por su cuerpo, sino más bien por su alma (cf. *Metaph.* Z 10, 1037a29-30). Como sugiere Charles (2000, pp. 277-278), el alma «might be identified with what it is to be a man (strictly speaking), but the full defi-

En ocasiones, Aristóteles caracteriza esta entidad como «aquello en lo que consiste ser un *F*» (τὸ τί ἦνὸ ἐκείνῳ εἶναι)¹⁵ o, más precisamente, como «aquello a lo cual el hecho de *ser* se reduce para todo ítem que ejemplifique el predicado *F*» —donde *F* puede ser reemplazado por un predicado de la primera categoría, escogido entre aquéllos que tienen la virtud de «volver manifiesta la substancia primera» (e.g., perro, caballo, rosa, raulí)¹⁶. Sea *F* el predicado «hombre»: dicho predicado vuelve manifiesta la esencia de Sócrates, en el sentido de aquello que él debe *ser* si cualquier otra atribución que se predique de él ha de resultar verdadera; y ello aun cuando Sócrates no sea por sí mismo un ítem definible, dada su condición de particular sensible (cf. *Metaph.* Z 15, 1039b27-1040a7). Que Sócrates sea *esencialmente* un hombre (o que «hombre» sea un καθ' αὐτό de Sócrates)¹⁷ significa que el mero hecho de existir se reduce, para él, a instanciar tal predicado. Para valernos de la célebre formulación de Quine, «ser» para Sócrates no es más que «saturar» el predicado «hombre», o ser el valor de una variable ligada en dicho predicado¹⁸. Ahora bien, la conexión entre Sócrates y aquello que él «esencialmente» *es* no es básica o primitiva, sino que reposa en la configuración de su materia por una cierta forma o función característica (ἔργον), cuya ejecución define a los miembros de la especie a que Sócrates pertenece. De modo análogo, la adscripción de este inmueble a la categoría de los edificios domésticos está mediada por la previa información de sus materiales constitutivos, con arreglo al ἔργον característico de dicha clase de entidades.

Por cierto, «indicar» esta forma o función inmanente a un tipo de substancia compuesta (τὸ εἶδος τὸ ἐνόν)¹⁹ no es aún aclarar el modo de *ser* que le compete; y ni siquiera si el predicado «existe» puede serle atribuido en un sentido relativamente afín al que solemos predicar del compuesto sensible. Con todo, al menos una cosa parece indudable: la entidad «privilegiada» que debe ser mencionada en la definición explicativa de un *F* (y que Aristóteles denomina a veces «la substancia de los *F*»)²⁰ no es ella misma un *F*. Dicho de otro modo, la causa formal de un objeto físico no es un nuevo miembro de la especie a la cual pertenece su *explanandum* (ni siquiera un miembro paradigmático o «privilegiado» de esa clase, como podría serlo un Tercer Hombre respecto de la especie humana). A despecho —o, más bien, a causa— de ello, tal entidad puede dar cuenta (por

dition will include form *plus* matter. In a similar way, what it is to be an eclipse might be given by referring to the earth standing between sun and moon, even though a full definition will *also* include deprivation of light (*An. Post.* II 8, 93a23-32)». Para el carácter «transversal» de la referencia al ἔργον, que trasciende la demarcación entre lo natural y lo artificial, y opera como criterio básico de identificación de entidades, véase: *Meteor.* Δ 12, 390a10-390b; *Pol.* 1253a20-25; *Part. An.* I 1, 640b29-641a10; *DA* II 1, 412b10-22; *Metaph.* Z 10, 1035b14-18 (sobre la imposibilidad de definir un ὄργανο ἄνευ τοῦ ἔργου); *Metaph.* Z 11, 1036b30-32 (sobre el carácter homónimo de una mano inerte). Una formulación precisa de la definición de los objetos sensibles en términos de sus funciones (ἔργα) se encuentra en Shields (1990, p. 21) y (1993, especialmente pp. 8-9).

¹⁵ *Metaph.* Z 6, 1031b7.

¹⁶ Para la tesis según la cual ciertos predicados escogidos «vuelven manifiesta la substancia primera», cf. *Cat.* 2b29-31. De entre todas las atribuciones, sólo los géneros y especies en que están insertos individuos como Sócrates o Bucefalo vuelven manifiesto lo que tales individuos *son*, sin por ello predicar una cosa *de otra* (κατ' ἄλλου ὑποκειμένου λέγεται: cf. *An. Post.* I 22, 83a24-32; I 19, 81b25-29; *Metaph.* Δ 18, 1022a25-29; Z 4, 1030a2-6; Γ 4, 1007a31-33; Δ 7, 1017a7-19). Para una tematización más detallada de estas relaciones predicativas, cf. Fabián Mié (2005, 317-55).

¹⁷ Cf. *Metaph.* Z 4, 1029b13-20; Δ 18, 1022a25-29; *An. Post.* I 4, 73a34-37.

¹⁸ A este respecto nuestra interpretación del tecnicismo aristotélico τὸ τί ἦν εἶναι coincide con la lacónica formulación de Michael Loux (1991, p. 73): «There is no such thing as just existing : to exist is to instantiate a lowest-level essential predicate»; cf. *Metaph.* Γ 4, 1007a25-27.

¹⁹ *Metaph.* Z 10, 1037a29-30.

²⁰ Cf. nota 6 *supra*.

su inmanencia en los materiales apropiados), del hecho de que tales materiales «constituyan» actualmente a un ejemplar de esa especie.

Así, Aristóteles sugiere en *Metaph.* Z 17 que el universal «casa» está ejemplificado en el mundo físico porque una cierta función (la de albergar un conjunto de personas y enseres: *DA* I 1, 403b3-7; *Metaph.* H 2, 1043a14-19) se halla asociada al tipo correcto de substrato. Esa función doméstica opera aquí como *explanans*, en un sentido análogo a aquél en que la extinción del fuego «explica» la presencia de un ruido celeste en las nubes —con la salvedad de que el rasgo explicativo es, en un caso, el motor y en el otro, la forma o función de un objeto físico—. Como para subrayar el valor causal del ἔργον respecto de su materia, Aristóteles precisa que un conjunto de materiales edificables constituyen, aquí y ahora, una casa *porque* «aquello en lo cual consiste ser casa» *se da* de alguna forma en ellos (o les es «inmanente»): ὅτι ὑπάρχει ὃ ἦν οἰκίᾳ εἶναι²¹.

La modalidad de esta inmanencia se antoja *prima facie* obscura. Cuando se trata de entidades naturales (pues Aristóteles recurre a artefactos como modelos analíticos que allanan el acceso a la estructura *general* de un compuesto hilemórfico), no resulta claro si la forma de una cosa se encuentra presente en ella al modo de un marino en su navío (ὥσπερ πλωτῆρ πλοίου)²². Esto último entrañaría concebir la causa formal de (al menos) algunos compuestos sensibles al modo de entidades separadas, y no sólo como el factor responsable de su separación²³. También parece menester precisar el modo en que la referencia a una función o tarea propia permite iluminar un proceso de generación, cuyo resultado es el compuesto sensible capaz de llevarla a cabo. Con todo, Aristóteles parece pensar que el recurso a entidades o factores abstractos de este tipo, y a su «inmanencia» en los materiales apropiados, reporta explicaciones mucho más satisfactorias que el simple recurso a paradigmas hospedados en la «región supraceléstica»²⁴.

El modo en que ello acontece es problemático, como lo acredita la dificultad de acertar con la manera precisa en que las formas *causan*. No es inhabitual considerar que las explicaciones aristotélicas difieren de las platónicas, y las aventajan, por hacer un lugar a las formas eternas en nuestro mundo sublunar. La filosofía natural aristotélica tendría la virtud de instaurar una cierta continuidad entre lo inteligible y lo sensible, lo que le permitiría articular con precisión el modo en que ambos órdenes interactúan causalmente. El recurso metafórico a la participación²⁵ sería superado, así, mediante la oportuna «repatriación» de los paradigmas y su localización en el universo sensible, al modo de ingredientes inmateriales que es preciso reconocer e identificar en el inventario del mundo físico —ingredientes que ya no cabría trasponer, platónicamente, a una región ontológica privilegiada²⁶.

Si esta interpretación común fuese correcta, la diferencia entre ambas estrategias explicativas sería, por decirlo de algún modo, «topológica», y afectaría la «localización» (inmanente o trascendente) de esas estructuras formales, más bien que el modo de con-

²¹ *Metaph.* Z 17, 1041b4-6.

²² Cf. *DA* II 1, 413a8-9.

²³ Aristóteles deja entreabierto esa posibilidad en *Metaph.* H 1, 1042a26-31; H 2, 1043b18-21. Aunque el tono de ambos pasajes es tentativo, más que conclusivo.

²⁴ A fin de evitar malentendidos, conviene hacer constar desde ya que [en palabras de Alan Code (1986): «The Platonic position explored in this paper may differ in certain respects from what one finds in the Platonic dialogues. The 'Plato' of this paper is seen through Aristotle's eyes»].

²⁵ Como es sabido, es el propio Aristóteles quien atribuye carácter «metafórico» a las explicaciones que recurren a la participación: cf. *Metaph.* A 9, 991a20-22. Cf., en el mismo sentido, 992a28-29.

²⁶ Contra este modo de interpretar la diferencia entre ambas estrategias explicativas (platónica y aristotélica), véase Kung (1981, pp. 234-236).

cebir las. Aristóteles y Platón habrían coincidido en representarse tales estructuras al modo de objetos incorruptibles, aun cuando mantuviesen su discrepancia en lo que concierne a la interacción causal de esos objetos con las entidades precederas.

Con todo, entre *Metafísica* Z 17 y H 6, Aristóteles favorece un modo positivo de entender las causas formales que intervienen en la producción de compuestos (y eventos) sensibles. Dicha comprensión afecta el estatuto ontológico que ha de concederse a tales entidades, y empalma con los pasajes de la *Metafísica* que formulan reparos a la teoría de las Ideas. En particular, este modo de explicar difiere de la remisión a una causalidad ejemplar suprasensible en una medida mucho mayor de la que a veces se reconoce. Interesa precisar, pues, el alcance de esa discrepancia entre dos maneras de entender la causalidad formal, que podría malentenderse fácilmente. Conviene comenzar por el examen de algunos textos.

CAUSAS FORMALES, PERO NO EJEMPLARES

Uno de los rasgos que, a partir de *Metafísica* Z 17, parece guiar el análisis aristotélico del compuesto sensible es la intuición de un *desnivel categorial* entre las cosas y sus formas. La entidad llamada a dar razón de un proceso de edificación no es, a su vez, una entidad «edificable», «habitabile», «confortable» o «inhóspita»; tampoco puede ser alieneada en una enumeración junto a las demás instancias del concepto «casa» (aun cuando, sin su intervención, tal concepto no tendría instancias)²⁷. Es decir, los predicados que califican el «resultado» del proceso tienen un «rango de significación» que excluye, de antemano, su aplicación a la «causa» del proceso²⁸. Ciertamente el diseño doméstico que da unidad a los materiales no es, en sentido alguno, una casa; tampoco una casa incorruptible, situada a infinita distancia de los objetos sensibles que participan de ella, y de los cuales diferiría por su mayor entidad (supuesto que la entidad admita grados). Si éste fuese el caso, en efecto, sólo una Casa Ideal sería *tal* de punta a cabo y sin reservas (καθ' αὐτό), mientras que toda concreción doméstica sensible realizaría a medias esa esencia, imperfectamente poseída. Sólo las Formas Son lo que ellas Son, mientras que todo cuanto se denomina por paronimia a partir de ellas «tiene parte» (μετέχει) en esa esencia, y no *es*, sin reservas, la esencia que la Idea realiza en plenitud²⁹.

²⁷ En efecto, *Metaph.* H 3, 1043a33-37 deja en claro que, si bien el nombre de «animal» conviene tanto al ser vivo como a su alma, no se aplica a ambos según la misma acepción, porque su sentido prioritario es el que da a entender «la actualidad y la forma» (τὴν ἐνέργειαν καὶ τὴν μορφήν) del compuesto, al cual sólo se aplica traslaticamente. Se trata, pues, de un caso de homonimia, aunque peculiar, puesto que ambas aplicaciones de la palabra «ζῷον» se hallan coordinadas entre sí de tal manera, que si bien no significan *lo mismo*, una de ellas «se dice» por referencia a la otra (1043a36-37). El «principio vital», aunque no se encuentre «vivo» en el mismo sentido en que pueda estarlo un animal, es «aquello por lo cual» y «en lo cual» (ὅ) el organismo tiene vida: cf. *Metaph.* Δ 18, 1022a32; *Metaph.* H 3, 1043b1-2; *Metaph.* Θ 8, 1050a36-1050b2; *Eth. Eud.* II 1, 1218b32-37; *DA* II 2, 414a12-12; III 3, 427a17-21; III 4, 429a10-11 (que contrasta fuertemente con I 4, 408b13-15).

²⁸ Sobre el «rango de significación» (*range of significance*) de un predicado, que delimita de antemano el ámbito de entidades a las que ese predicado puede ser atribuido (o de las que puede ser removido) *con sentido*, cf. Gödel (1944). Un cuidadoso examen de las afinidades entre esta demarcación y la aristotélica se encuentra en Kung (1981, pp. 239-40).

²⁹ Cf. *Fedón* 74c-76b10, donde se caracteriza la relación entre las cosas iguales y lo «Igual-en-sí» como la realización incompleta y aproximativa de la Igualdad por parte de entidades que permanecen siempre desiguales, o deficientes en ese respecto (φαυλότερον, ἐνδεστέρωσ ἔχειν, 74e3-4). En comparación con lo Igual, aquello que se nos aparece como tal siempre carecerá de algo (ἐνδεῖ τι ἐκείνου, 74d6). Dicha caracterización puede hacerse extensiva, sin dificultad, a todos los otros predicados que un individuo sensible

Cabe hacer notar, en efecto, que, lejos de rehusar a las causas ejemplares los predicados que solemos atribuir a sus efectos, la explicación platónica estándar parece reservárselos de manera eminente. En ese modo de explicar, una Casa Ideal será *habitabile* por antonomasia; y una casa sensible, tanto mas inhóspita cuanto menos participe de la Idea de Casa. Si nuestra interpretación es correcta, el recurso aristotélico a la causalidad formal parece moverse en la dirección opuesta, pues lo distintivo de ese expediente consiste en rehusar a las estructuras formales *ambas series de predicados*: tanto la serie «positiva» de los rasgos que el paradigma ejemplifica de manera eminente, como la serie «negativa» de los predicados que sus instancias sensibles ejemplifican «por defecto» (esto es, en la medida en que realizan ese paradigma de modo deficiente).

Lo que vuelve inaplicables «ambas series de predicados» a las formas de los objetos corruptibles tiene menos que ver con el carácter material o inmaterial de dichas formas, que con su función explicativa³⁰. Pues es dicha función la que exige «concebir las de otro modo», en lugar de limitarse a conferirles una mayor dignidad ontológica, que autorice a tratarlas como habitantes de un mundo paralelo. Tal parece ser el fondo de la crítica que Aristóteles dirige contra el modo platónico de comprender las formas substanciales de los objetos físicos. A grandes rasgos, la idea que un lector del *Fedón* se hace de «aquello en lo que consiste ser casa» (ὁ ἦν οἰκίαν εἶναι) se limita a trasponer el *explanandum* a otro registro, asignándole una función explicativa que ningún duplicado suprasensible está en condiciones de asumir. Aristóteles desenmascara expresamente el procedimiento que consiste en acompañar cada objeto requerido de explicación de la mención «en sí», con la esperanza ilusoria de acertar con su causa. Mediante tal artificio los platónicos no consiguen volver plausible una causalidad suprasensible, y Aristóteles detalla el error en el que incurrir:

«La razón [de su fracaso] es que no son capaces de explicar cuáles son las substancias de este tipo, es decir, las substancias incorruptibles que [presuntamente] existen al margen de las substancias individuales y sensibles. En consecuencia, [las] fabrican idénticas en especie (τὰς αὐτὰς τῶ εἶδει) a las cosas corruptibles (pues son éstas las que conocemos): el “Hombre-en-sí” (αὐτοάνθρωπον), o el “Caballo-en-sí” (αὐτοῖππον), [limitándose a] añadir a las cosas sensibles la expresión “en sí”»³¹.

El dispositivo platónico consistiría en una simple desmaterialización del *explanandum*, el cual, por obra de ese solo hecho, adquiriría virtualidades explicativas o causales. En otro lugar Aristóteles deplora como absurda (ἄτοπον) la suposición de substancias paralelas, en todo respecto idénticas a aquellas que experimentamos, con la salvedad de que las unas perecen y las otras no (τὰ μὲν αἴδια τὰ δὲ φθαρτά). Tal como las deidades antropomórficas que criticó Jenófanes no tenían de divino más que el nombre —pues continuaban siendo, en todo punto, humanas—³², así las Ideas platónicas no difie-

ejemplifique: a cada uno de ellos corresponderá un paradigma que será, sin restricción, precisamente aquello (αὐτὸ τὸ ὃ ἔστιν, 74d7, 75d2) que el individuo posee de manera imperfecta. En tal medida, las Ideas comparecen como modelos o límites que sus instancias sensibles «pretenden» (βούλεται) o «se esfuerzan en» (προθυμείται, 75b7) alcanzar, aun cuando se queden siempre cortas [nuestra interpretación *naive* de este pasaje del *Fedón* se atiene en lo esencial a lo que Alexander Nehamas (1975) denomina la «approximation view»; pero lo que afirmamos vale, *mutatis mutandis*, para las reconstrucciones alternativas del pasaje que Nehamas desarrolla; cf. especialmente pp. 176-187].

³⁰ «... aus der Tatsache, daß ein Prinzip immer Prinzip von etwas ist, dies folgt, daß das Prinzip nicht nur graduell, sondern seiner ganzen Seinsweise nach vom Prinzipiierten unterschieden ist», escribe Wolfgang Wieland (1970, p. 57).

³¹ *Metaph.* Z 16, 1040b30-34. El mismo diagnóstico se encuentra (con algunas interesantes variaciones) en *Eth. Nic.* I 6, 1096a34-b5; también en *Metaph.* A 9, 992a26-b1; B 2, 997b5-12.

³² Cf. *Metaph.* B 2, 997b8-12.

ren en nada (οὐδὲν ἄλλο) de las cosas que pretenden explicar. En otras palabras, se trata de «objetos sensibles eternos» (αἰσθητὰ ἄθδια), ni más ni menos inteligibles que los que conocemos por vía senso-perceptiva, y con los cuales aquellos mantienen una relación puramente metafórica. Pues en nada difiere un hombre de su Paradigma³³, a no ser por su respectiva duración; sin embargo, ésta no especifica un modo distintivo de ser hombre que permita introducir una distinción esencial entre ambos, tal como «no es más blanco lo que dura mucho tiempo que lo efímero»³⁴.

Ahora bien, la ineptitud explicativa de estos objetos no se remedia insistiendo sobre su inmaterialidad, o sobre el modo en que difieren cualitativamente de las cosas sensibles que están a nuestro alcance. Para que adquiriesen virtud explicativa, sería preciso concebirlos de otro modo. Al hacerlo, se apreciaría que la diferencia entre los «objetos» y sus «formas» no es una diferencia de grado en la posesión de los mismos atributos, sino que involucra, para decirlo con Wieland, «su entero modo de ser» (*seiner ganzen Seinsweise*). Rectamente entendida, dicha diferencia procede de la función explicativa que se asigna a las formas, y que los «objetos» no pueden ejercer.

Una causa formal simplemente no es el «tipo» de entidad del cual tenga sentido predicar las propiedades que solemos atribuir a las instancias de conceptos como «casa» o «buey». El ejemplo de *Metafísica Z 17* busca dejar eso en claro. La causa final que está en el origen de un proceso de edificación —y que explica, de modo retrospectivo, las propiedades materiales y formales que exhibe un edificio—³⁵ no puede ser alineada junto a él sin confusión categorial. Una y otro *no* han de ser elementos del mismo conjunto, pues se trata de entidades lógicamente heterogéneas. Si fuese posible agruparlas, nada impediría formular, a propósito de la causa formal, las mismas interrogantes que suscita el efecto, con el consiguiente peligro de un Tercer Hombre al acecho. Como es sabido, algo de esta índole ocurre allí donde las estructuras formales de las cosas son tratadas como objetos suprasensibles a los que pertenecen, en grado eminente, los mismos atributos que a sus efectos. Para que una causa formal aristotélica admitiese los predicados que califican a una causa ejemplar platónica, sería preciso concebirla antes como un compuesto sensible, o bien, como la «transposición idealizada» de un compuesto sensible; es decir, precisamente como el tipo de entidad que ella *no* puede ser sin deponer, al mismo tiempo, su poder explicativo.

Ahora bien, las críticas que Aristóteles endilga a ciertas versiones degradadas de la *méthexis* platónica muestran una conciencia incipiente del tipo preciso de error lógico que aquí está en juego. Podría decirse que la «teoría de conjuntos» a que Aristóteles adhiere de manera implícita en su *Metafísica* le prohíbe de antemano ciertos agrupamientos. En concreto, ella le impide asociar una cosa con su forma en aquellos casos en que la atribución del mismo predicado trae consigo una regresión al infinito. En ocasiones, un rechazo de este tipo casi deviene explícito. Es lo que ocurre en el capítulo final de *Metafísica H*, en el que Aristóteles objeta el modo «conjuntivo» de pensar la unidad del compuesto sensible, aduciendo que la relación entre materia y forma no se deja comprender como la simple adición de elementos categorialmente homogéneos:

³³ Así, *Eth. Nic.* I 6, 1096a35-1096b2.

³⁴ *Eth. Nic.* I 6, 1096a35-1096b2.

³⁵ Las propiedades de resistencia y elasticidad de los materiales de construcción son «hipotéticamente necesarias» en vistas de la edificación del inmueble; es decir, los materiales han de poseer tales y cuales atributos *si* algo así como un inmueble ha de llegar a ser. El *definiens* de una casa contendrá la especificación de una función doméstica, la cual incidirá «retroactivamente» sobre la elección de los insumos; a tal punto que éstos quedarán (al menos) implicados en la noción del producto: cf. *Phys.* II 9, 200b7-8; *Part. An.* I 1, 639b26-30; 640a33-640b4; 642a31-35; *Phys.* II 9, 200a10-15; 200a30-b8.

«Algunos sostienen que la vida es la *composición* (σύνθεσις) o la *conexión* (σύνδεσμον) del alma y del cuerpo. Sin embargo, el mismo razonamiento se aplica [según ellos] a todos los casos; y así, el gozar de buena salud será la *coexistencia* (συνουσία), o la *conexión* (σύνδεσμος), o la *composición* (σύνθεσις) del alma y de la salud; el hecho de que el bronce sea triangular será la *composición* (σύνθεσις) del bronce y de la figura triangular; y el hecho de que algo sea blanco será una *composición* (σύνθεσις) de la superficie y de la blancura. Pero la causa [de tales errores] radica en que ellos buscan la razón que unifica el acto y la potencia, así como la diferencia [entre ambos]»³⁶.

Parece claro que Aristóteles rehúsa, en este texto, pensar mediante conjunciones ciertas formas de unidad particularmente estrechas, dado que las conjunciones de la forma «... καὶ...» no vinculan entre sí entidades de categorías lógicas dispares (como pueden serlo un «objeto» y su «causa formal»). Aristóteles sugiere que esta conectiva no *opera* más que allí donde las entidades que ella enlaza son lógicamente homogéneas. Por el contrario, si se persiste en asociar, en una misma proposición, un «objeto» y su «causa formal», no se logrará concebir su unidad más que bajo el modo —fundamentalmente inadecuado— de una yuxtaposición elemental. Con ello se dejará escapar «la índole categorial de la forma», al concebirla como el «ingrediente» de una síntesis o de una mezcla posibles (en circunstancias que una forma, sin hallarse «junto a» los ingredientes del compuesto, especifica el modo en que tales ingredientes han de hallarse juntos, si se pretende que el compuesto «llegue a ser»: εἰ ἐκεῖνο ἔσται τὸ οὐ ἔνεκα)³⁷.

Pueden interpretarse también en tal sentido los pasajes aristotélicos que introducen la causa formal de un objeto sensible al modo de un ἕτερόν τι que escapa, *por principio*, a toda manipulación productiva. Al no ser un componente de nuestro mundo físico, provisto de su propia trayectoria individual³⁸, la forma de un compuesto no suscita las preguntas que normalmente tiene sentido formular acerca de éste. El «punto terminal» hacia el cual se encaminan todos los procesos de manufactura opera como una «regla» o un conjunto de especificaciones «técnicas» que orientan la producción, pero que no pueden a su vez ser producidas. Ello remite a la imposibilidad «categorial» de producir un εἶδος al modo en que se fabrican «objetos» compuestos de materia y forma. En la medida en que los principios de las cosas no son cosas, ellos escapan a la actividad artesanal que posibilitan. Para que la producción sea factible, debe haber ciertos ítems de valor normativo que escapen al dominio productivo. *Metafísica Z 8* examina las razones de esta imposibilidad:

«Tal como [un artesano] no produce el substrato, a saber, el bronce, así tampoco produce la esfera, a no ser de modo accidental, en la medida en que la esfera de bronce es una esfera, y aquella (*sic*, la de bronce) sí la produce [el artesano]. Pues producir un objeto individual es producirlo a partir de un substrato (me refiero a que volver redondo el bronce no es producir ni la *redondez* ni la *esfera*, sino algo diferente, como por ejemplo el [hecho de] que esta forma se halle presente en otro [material]. Pues si el artesano

³⁶ *Metaph.* H 6, 1045b11-17. Cf., en un sentido afín, *DA* II 1, 412b6-8; *Gen. et Corr.* I 10, 327b14-19; *Metaph.* H 3, 1043b10-14; *Z* 17, 1041b25-33.

³⁷ En *Metaph.* H 6 (y guardando las debidas proporciones), Aristóteles no está lejos de expresarse en un lenguaje *prima facie* afín a Ryle (1949, p. 22): «when two terms belong to the same category, it is proper to construct conjunctive propositions embodying them». En el caso contrario, las conjunciones serán inoperantes y deberán excluirse como desprovistas de sentido. Otro pasaje en el que Aristóteles se aproxima a una distinción de tipos «en regla» parece hallarse en *Gen. et Corr.* I 10 (327b14-19), texto que proscribire la conjunción de los «ingredientes» y de los «principios» en una misma μίξις. Ver también I 10, 328a22-23.

³⁸ Como observa Loux (1991, p. 130), a propósito de los compuestos sensibles, «the forms of those objects do not themselves come to be, they do not pass away, and they do not have individual careers that make up a part of the history of the everyday world».

produce [algo], lo hará *a partir de* alguna otra cosa, ya que así fue establecido; produce, por ejemplo, una esfera de bronce, pero eso de tal modo que, partiendo de esto, que es bronce, producirá aquello, que es una esfera). Pues si produjese también esto mismo³⁹, es evidente que deberá fabricarlo de la misma manera, y las generaciones remontarán al infinito. En consecuencia es evidente que la forma, o como quiera que haya que llamar a la configuración realizada en lo sensible, no se genera, ni hay generación de ésta, ni tampoco del τὸ τί ἦν εἶναι (...). Lo que el artesano produce es [más bien] el hecho de que exista una esfera de bronce»⁴⁰.

Al distinguir de esta manera las cosas de sus formas, Aristóteles sustrae los principios (material y formal) de un artefacto al conjunto de manipulaciones técnicas a las que éste último puede ser sometido. La tesis que subyace al párrafo recién transcrito podría formularse como sigue: si la causa formal y final de un compuesto —que orienta de algún modo su manufactura— tuviese el modo de ser de su *explanandum*, sería (al menos) concebible *producirla* por medio de un proceso análogo. Pero admitir que tal cosa es posible respecto de la forma sería convertirla en un ítem compuesto, e introducir, con ello, una regresión sin término⁴¹. En tal sentido, la «reificación» de la forma parece ir acompañada de una pérdida de su poder explicativo. El argumento de Z8 tiene la estructura de una *reductio ad absurdum*, cuyo resultado es la exclusión de las formas del rango de significación de ciertos predicados «genéticos», que sólo pueden aplicarse con sentido al compuesto sensible. Dicho de otro modo: aquello que se encuentra en el origen de un objeto o evento no es el tipo de ítem a propósito del cual quepa plantear con sentido la cuestión de su origen⁴². Lo notable es aquí que, para inmunizar las formas contra esa regresión, no basta con concebirlas como objetos inmateriales, ya que el solo hecho de encontrarse exentas de materia sensible no impide imaginar una manufactura sutil, quizá con ayuda de una ὕλη νοητή.

Todo ocurre, en resumen, como si la causa formal de un edificio debiese estar separada de él por un desnivel «de tipo», so pena de perder su poder explicativo y el peculiar «influjo» que ejerce sobre él. Aristóteles parece haber comprendido que una casa no es un «fin» (ni siquiera aquél en vistas del cual se la edifica). Dado que la especificación de una función doméstica (ὁ ἦν οἰκία εἶναι) no guarda ninguna relación con un Inmueble Ideal, la introducción de esa entidad explicativa no comporta la multiplicación de entidades homogéneas⁴³. De este modo se pone fin a la potencial «regresión de casa en Casa»

³⁹ Presumiblemente el substrato, pero también la forma (algunas líneas más adelante, en 1033b7, τοῦτο refiere inequívocamente a la forma).

⁴⁰ *Metaph.* Z 8, 1033a28-b9. Nuestra interpretación «categorial» de *Metafísica* Z8 se aviene con algunas observaciones de Williams (1986, p. 191): «If we make a bronze sphere, Aristotle says, we do not make the shape (he means, that is *not the kind of thing it makes sense to suppose someone could make...*)» (las itálicas son nuestras).

⁴¹ Aristóteles lo indica *expressis verbis* en Z 8, 1033b11-13.

⁴² Semejante interpretación se encuentra, por lo demás, bien documentada en la tradición aristotélica. Tomás de Aquino parece tener en mente precisamente este pasaje de *Metafísica* Z 8 cuando escribe que, en estricto rigor (*si proprie loquamur*), ni el «ser» ni el «devenir» se predicán de las «formas», sino más bien de los compuestos sensibles, *en virtud* de sus formas: «forma ens dicitur, non quia ipsa sit, si proprie loquamur, sed quia aliquid ea est»; cf. *De virtutibus* q. 1, a. 11, co.). En este último texto, el Aquinate demarca cuidadosamente el rango de aplicación de ciertos predicados que no cabe emplear a propósito de las formas substanciales de las cosas sensibles. En concreto, Tomás critica a quienes hablan de tales formas como si fuesen substancias por derecho propio («sic de eis iudicant ac si essent substantiae»).

⁴³ En *Metaph.* H 3, 1043a29-b4, Aristóteles admite que, en su acepción «focal», el predicado «casa» designa la *función doméstica*, y que la aplicación traslática de ese predicado al compuesto sensible está regulada por una homonimia πρὸς ἕν (1043a36-37). Sólo en este sentido peculiar cabe decir, de la esencia de un *F*, que es un *F*; pero la interdicción de agrupar a un compuesto con su esencia sigue en pie, ya que la

que la explicación platónica desencadena, cada vez que ella intenta dar cuenta de un objeto sensible por remisión a Paradigmas. Los ítems que Aristóteles invoca a título de «causas» poseen la ventaja notable de sustraerse de antemano a ese peligro. Al mostrarse consciente de que la esencia de un *F* no es un *F*, Aristóteles se orienta por momentos en la dirección de una distinción cuasi «ryleana»⁴⁴ entre los individuos sensibles y sus formas.

EXPLICACIONES EXHAUSTIVAS E INCOMPLETAS

La mencionada propensión explicativa es particularmente sensible en los capítulos que siguen al «nuevo punto de partida» adoptado por *Metafísica Z17* (πάλιν ἄλλην οἶον ἀρχὴν ποιησάμενοι λέγωμεν):

«A quien reflexiona atentamente se le hace manifiesto que la sílaba no consta de las letras y de su combinación, como tampoco la casa consta de los ladrillos y de su composición. Y es justo que ello sea así, ya que ni la composición ni la mezcla se dan a partir de ítems susceptibles de ser combinados o mezclados. E igualmente, ninguna de las demás [causas]; por ejemplo, si el umbral es tal en virtud de su posición, no será la posición la que resulte del umbral, sino más bien éste de su posición. Y por cierto que tampoco el hombre consiste en el hecho de ser animal *más* el hecho de ser bípedo, sino que es necesario que haya algo aparte de ambos términos —supuesto que éstos sean materia—, y que ese algo no sea un elemento, ni constituido a partir de un elemento, sino más bien la substancia que omiten quienes se limitan a enunciar la materia (ὁ ἐξαίρουντες τὴν ὕλην λέγουσιν). En consecuencia, si esto [que falta] es la causa del ser, y [la causa del ser] es substancia, no enuncian la propia substancia (οὐσία)»⁴⁵.

Aristoteles recapitula aquí la demostración del carácter no-elemental de la forma, ya emprendida en *Metafísica Z 17*⁴⁶. En ese capítulo, el argumento tomaba el aspecto de un dilema, en el cual las estructuras formales no admitían ser concebidas ni como ingredientes simples, ni como ingredientes complejos de un compuesto sensible. En efecto: (a) si concebimos la forma de un objeto como un ingrediente fundido en una mezcla, o como un elemento incluido en un conjunto, su introducción incrementará la complejidad del *explanandum*, en lugar de ayudarnos a explicar su unidad. Pero (b) si lo imaginamos como un compuesto de elementos (v.g., subatómicos), habrá que resignarse a poner la

denominación en cuestión («F») *no significará lo mismo* en cada caso. Ello inhibe el agrupamiento de un compuesto sensible y de su principio formal en una misma clase, definida por un predicado que se enuncie unívocamente de ambos. (Un agrupamiento de este tipo subyace, *prima facie*, a la conocida dificultad platónica del Tercer Hombre: cf. Geach (1956), contra Vlastos (1954). Para otras ocurrencias homónimas de palabras como «animal» o «casa», cf. *Metaph. Z 10*, 1035a6-9; 1035b1-3; 1036a13-25; *Z 11*, 1037a7-10).

⁴⁴ J. Barnes (1979, pp. 33-34) confirió el mote de «ryleano» a un notorio pasaje de *DA* (cf. *I 4*, 408b1-18). Cf. G. Ryle (1949, pp. 45-46).

⁴⁵ *Metaph. H 3*, 1043b4-14. Como observa W.D. Ross (*ad loc.*), las líneas 1043b12-13 (ὁ ἐξαίρουντες τὴν ὕλην λέγουσιν) son susceptibles de dos lecturas gramaticalmente correctas, pero filosóficamente opuestas. Si el participio ἐξαίρουντες rige τὴν ὕλην, Aristóteles estaría pensando en quienes suprimen la materia, es decir, en los Platónicos (eventualidad que Alejandro considera brevemente: *In Metaph.* 553, 6-8). Si, por el contrario, ἐξαίρουντες gobierna al pronombre relativo ὁ, entonces Aristóteles «is dealing with the common tendency to describe a whole as a sum of parts or materials, omitting the principle of unity» (Ross, 1924: 232, *ad 1043b12*). El contexto del argumento avala la segunda lectura (para la cual Ross remite a *GC 335b35*, donde Aristóteles tiene en vista una análoga supresión de la esencia y de la forma).

⁴⁶ Una argumentación estructuralmente similar, referida esta vez al carácter simple y no elemental del alma, se despliega en *DA I 5*, 411b6-14. Este tipo de estructura argumentativa encuentra un precedente relevante en el *Teeteto* de Platón, 202e-205e.

causa de lo uno en algo múltiple (cuya unificación quedará sin explicar); o bien en un elemento aislado, que deberá ser agregado a los restantes. Con lo cual se recae en la primera rama del dilema. Aristóteles concluye perfilando el peculiar *modus essendi* que compete a la οὐσία inmanente a un compuesto sensible:

«[De manera que] aquello parecería ser *algo*, pero no un elemento, y ser la *causa* de que lo uno sea carne, y de que lo otro sea sílaba. Y lo mismo ocurrirá en los demás casos. Pero esto [último] será la substancia de cada cosa (puesto que es la causa primera de su ser). Y dado que algunas de las entidades no son substancias, sino que todas cuantas lo son han sido constituidas por naturaleza y con arreglo a ella (κατὰ φύσιν καὶ φύσει), la propia naturaleza parece ser substancia, la cual no es un *elemento* [de la cosa], sino su *principio*. En cambio, es elemento aquello inmanente en lo que una cosa se disuelve como materia, tal como la A y la B son materia de la sílaba»⁴⁷.

Dos aspectos son dignos de mención en estos extractos paralelos de la *Metafísica*. Resulta notable, en primer lugar, que el pasaje de H 3 antes transcrito evite precisar el tipo de entidad cuya omisión determina que la explicación 'materialista' sea incompleta⁴⁸. Esta última fracasa porque pretende dar cuenta de un objeto mediante la enumeración exhaustiva de sus ingredientes materiales, sin considerar su forma. Y aunque resulta fácil advertir el sentido en el cual tal explicación queda trunca, Aristóteles suministra una caracterización puramente negativa de aquello que falta en el *explanans*. Por su parte, el texto de Z17 se limita a mencionar un ἕτερόν τι, sin precisar el lugar que le compete en el esquema de las categorías, aun cuando aluda al carácter «principal» (y no elemental) de ese ítem explicativo, cuya ausencia se constata en H 3. La escueta fórmula «ni un elemento, ni algo constituido a partir de un elemento, sino la substancia que eliminan quienes enuncian la materia»⁴⁹ no ahonda en la naturaleza de ese «algo otro» mediante el cual Aristóteles aspira a completar la mención de los elementos de una cosa. Así, la fórmula deja indeciso el tipo de entidad que Aristóteles echa en falta en las explicaciones rivales.

Sin embargo, cabe inferir algo más positivo de los pasajes en cuestión: uno y otro denuncian una confusión que sólo puede corregirse modificando en algún grado el concepto de «forma» (εἶδος)⁵⁰. Tras precisar el orden de prioridad que rige las relaciones entre el umbral y su posición (οὐκ ἐκ τοῦ οὐδοῦ ἢ θέσις ἀλλὰ μᾶλλον οὗτος ἐξ ἐκείνης), y tras conjurar la yuxtaposición de «animal» y «bípedo» en el λόγος de «hombre», Aristóteles concluye que la omisión de la οὐσία no deja en pie más que un inventario (eventualmente exhaustivo) de ingredientes. En efecto, una vez que se prescinde de «aquello en lo que consiste ser casa» (ὃ ἦν οἰκία εἶναι), permanecen en pie descripciones aparentemente co-extensivas del inmueble —tales como «lίθοι πλίνθοι ξύλα»—, pero que pueden ser satisfechas también por un *montón* (σωρός) de materiales apilados en desorden. Ahora bien, un compuesto sensible es de aquellas cosas que resultan ser «algo uno» no al modo de un simple montón, ni por la continuidad espacial de sus partes, sino en virtud de una estructuración semejante a la sílaba⁵¹. Lo que interesa es indagar ahora la naturaleza de esa estructuración.

⁴⁷ *Metaph.* Z 17, 1041b25-33.

⁴⁸ En adelante damos a la expresión «materialista» un sentido puramente informal y no filosófico, cuyo sentido es el de la segunda opción contemplada por W. D. Ross en la n. 45, *supra*. Aunque inusitado en español, el vocablo «elementarista» sería quizá más preciso.

⁴⁹ *Metaph.* H 3, 1043b12-13: οὐτε δὲ στοιχείον οὐτ' ἐκ στοιχείου, ἀλλ' ἡ οὐσία· ὁ ἐξαιρούντες τὴν ὕλην λέγουσιν.

⁵⁰ Cf. *Metaph.* H 3, 1043b9-13.

⁵¹ Cf. *Metaph.* Z 17, 1041b11-13. No es casual que la expresión οἶον σωρός reaparezca *Metaph.* H 3 (1044a4), a propósito del cúmulo de ingredientes dispersos que carecen del tipo relevante de unidad, aun cuando se encuentren yuxtapuestos unos junto a otros. Un modo alternativo de encontrarse juntos o en

Una primera estrategia ante el fracaso de ciertas descripciones *prima facie* exhaustivas, pero finalmente insuficientes, consistirá en cuestionar su integridad, y en suponer que algún «elemento» inadvertido no ha sido tomado en cuenta. Ahora bien, dado que nada falta, *ex hypothesi*, en el inventario de los componentes materiales de un objeto, será fácil concluir que aquello omitido por la descripción es un ingrediente (o contraparte) inmaterial del objeto. En su atención unilateral a lo visible, el ‘materialista’ pasaría por alto un ingrediente no ostensible que mantiene reunidos a los elementos del compuesto. Y ello a despecho de la insistencia de Aristóteles en que el λόγος del objeto *no* se halla incompleto en un sentido «integral», como un todo al que faltara alguna de sus partes. De este modo, el intérprete ha de habérselas con la situación, hasta cierto punto paradójica, de una descripción a la que nada falta y que resulta, sin embargo, insuficiente.

La propuesta de Aristóteles no consiste en completar ese inventario interpolando un elemento inmaterial unificante. Por el contrario, él subraya que aquello que debe ser incorporado a la descripción fallida de un compuesto no es un elemento suyo —ni un compuesto de elementos (οὔτε δὲ στοιχείον οὔτ’ ἐκ στοιχείου)—, sino más bien su «causa». Y ésta parece sustraerse al inventario de los materiales de edificación, al punto que no cabe concebirla como una contraparte inmaterial de los ingredientes observables.

El modo oblicuo en que Aristóteles caracteriza ese «algo otro» puede deberse al afán de no incurrir en un *non sequitur*. De la constatación «hay algo que falta en la descripción de este inmueble», Aristóteles rehúsa extraer la conclusión «aquello que falta en este inmueble es algo», en el sentido robusto de un elemento adicional unificante. Como lo advirtió Tomas de Aquino (quien vio en ello el rasgo que distingue las explicaciones platónicas de las aristotélicas)⁵², la forma de un τόδε τι no es un τόδε τι, sino más bien un ítem categorialmente heterogéneo (en el sentido acuñado por Gilbert Ryle). Si las partes integrales de un objeto físico no son, a su vez, objetos en sentido propio —al menos no mientras lo constituyen—⁵³ lo mismo ha de decirse, *a fortiori*, de la estructuración a que ese objeto debe su unidad. Por mucho que la interpolación de un elemento inmaterial entre los componentes físicos de una cosa se atenúe subrayando la «disparidad ontológica» que media entre ambos tipos de ingrediente, aquello que se agrega continuará siendo «elemental». Aristóteles busca resistir esa manera «elemental» de comprender la forma, al rechazar la idea de que algún ingrediente del compuesto sea, a la vez, «principio» suyo, o esté revestido de función «principal».

LA CAUSALIDAD MOTRIZ DE LAS FORMAS

Un principio no es, pues, un elemento, y es aquello que forzosamente omiten quienes comprenden los compuestos como agregados de elementos. Pero ¿en qué consiste

continuidad les será dado por la inmanencia, en ellos, de una «naturaleza» o actualidad común (ἐντελέχεια καὶ φύσις, 1044a9), que haga coexistir sus partes al unísono, bajo un nuevo régimen formal. Cf. también *Metaph.* Δ 6, 1016b11-16, donde la crasa continuidad material entre trozos de cuero suturados de cualquier manera (ὄπωσοῦν) contrasta con la unidad que vincula a esos mismos trozos reunidos en una sandalia. En este último caso, no sólo hay una magnitud continua, sino la posesión de una forma común (εἶδος τι ἔχειν ἤδη ἐν), que *explica* esa continuidad.

⁵² Cf. *De virtutibus in communi*, q. 1, a. 11 (n. 22, *supra*). Véase también Aristóteles, *Soph. El.* 22, 179a2-10.

⁵³ *Metaph.* Z 16, 1040b8-10.

un principio y cuál es su entidad, más allá de estas caracterizaciones negativas? Dirigirse al léxico filosófico de *Metafísica* no reporta gran utilidad, ya que ese capítulo se muestra «indiferente» a la distinción sobre la que Aristóteles insistirá a partir de Z 17. Ello explica que en él figuren tanto los elementos de una cosa, como su naturaleza o esencia, a título de «principios» suyos⁵⁴. Conviene, pues, dejarse guiar más bien por las ilustraciones de esta distinción que Aristóteles propuso a partir de Z 17, o por otros ejemplos de estructura análoga.

En los casos rudimentarios, la diferencia entre «principios» y «elementos» se deja capturar por medio del contraste entre «colecciones de ingredientes» y «reglas de composición». En ocasiones, la incapacidad de discriminar entre ambos tipos de ítem se ilustra mediante ejemplos triviales, como el del repostero que, creyendo dar un último toque a sus pasteles, incorpora a la masa la lista de ingredientes, por temor de que, sin ella, la mezcla quede incompleta. La tentación de agregar a un compuesto sus propios principios de composición es recurrente. Con tal de evitarla, el Estagirita recomienda a veces aceptar la unidad de un compuesto sensible como un dato «primitivo», que no cabe reconstruir en términos «conjuntivos», esto es, mediante la adición de entidades más fundamentales. El mero hecho de inquirir por la unidad de la substancia entrañaría el peligro de «ver doble», allí donde la mutua compenetración de los principios salta a la vista como un dato básico⁵⁵:

«Por ello también no hay que investigar si el alma y el cuerpo son una sola cosa, como tampoco si lo son la cera y la figura [que en ella se graba], ni en general la materia de cada cosa, y aquello de lo cual es materia»⁵⁶.

Tampoco tiene sentido inquirir si la dosificación de ingredientes que subyace a la confección de un pastel se halla presente en él a la manera de un piloto en su navío. Hacerlo sería incurrir en una obvia «confusión categorial». Las especificaciones a que deben someterse la harina, los huevos y el azúcar para constituir un pastel no son aplicables a la receta que establece dichas proporciones; *grosso modo*, ésta no es el tipo de ítem susceptible de entrar en una *μίξις*. Las proporciones detalladas por el arte culinario no pueden ser «instanciadas» más que por ingredientes —y no por proporciones—. En otras palabras, las «reglas de composición» son ítems de segundo orden, cuya «conjunción» con los elementos que ellas subordinan revelaría una incompreensión del tipo de unidad que su aplicación vuelve posible. En efecto, una receta es instanciada por todos los conjuntos de ingredientes cuyos miembros se encuentran vinculados entre sí por las relaciones recíprocas que ella establece, y en las que ella consiste. La entidad de una receta no es nada distinto de esas instrucciones, que han de ser cumplidas para que otra entidad —de un «tipo» radicalmente diverso— «llegue a ser».

⁵⁴ *Metaph.* Δ 1, 1013 a20-21.

⁵⁵ Cf. los reparos de Descartes (AT. III, p. 435): «Si quis vero titubantibus oculis unam rem pro duabus sumat, ut ebrius saepe contingit». En una carta fechada en agosto de 1641, Descartes objeta a la distinción hilemórfica una innecesaria multiplicación de entidades: «in eodem corpore materiam, formam et varia accidentia, tanquam totidem res a se mutuo diversas concipiant».

⁵⁶ *DA* II 1, 412b6-8 (versión de M. D. Boeri, en prensa para Ed. Colihue, Buenos Aires); este texto debe ser leído en conjunto con *Metaph.* H 6, 1045b11-17 (reproducido en nota 36, *supra*). Nussbaum & Putnam (1992) aducen este pasaje para reprochar al dualista el hecho de que su ontología, lejos de volver superflua esta cuestión (como Aristóteles lo exige), tienda a plantearla una y otra vez. En una ontología dualista, «the relationship between soul and body is *not* that between the wax and its shape»; desde esa perspectiva, y contra lo afirmado aquí por Aristoteles, «of course makes a great deal of sense to ask whether soul and body are one».

Pero también puede decirse que la entidad de una casa —en el sentido de la substancia y definición de este inmueble concreto—⁵⁷ es su función doméstica, con arreglo a la cual sus partes fueron ensambladas. De modo análogo, la entidad de una sílaba (en el sentido de su causa formal) no es sino el patrón que prescribe el orden consecutivo en que han de articularse sus fonemas. *Al menos en tales casos*, no es preciso concebir dicha «substancia» como algo más robusto, provisto del modo de ser que convendría al compuesto, una vez que se ha removido de él todo rastro de materia. (Este último, como hemos visto, es el modo sustantivo de entender las formas, que Aristóteles atribuyó a Platón, y en el que vio una mera transposición del *explanandum*). Es quizá por ello que Aristóteles rechaza la tentación de hacer de una «síntesis» o de una *μίξις* —tomados como principios de composición— «elementos» susceptibles de ser combinados o mezclados de una u otra manera. La estrategia aristotélica consiste más bien en sustraer tales ítems de valor causal al ámbito de las cosas que se combinan y se mezclan (*ἐκ τούτων ὧν ἐστὶ σύνθεσις ἢ μίξις*)⁵⁸.

Esta opción empalma con nuestra caracterización inicial de la substancia en términos de un «rasgo explicativo básico», que da cuenta de la presencia de un compuesto sensible, y sin cuya mención resultaría imposible distinguirlo de otras descripciones *prima facie* co-extensivas, que se limiten a enunciar sus ingredientes. Se echa de ver así que (tal como advirtió Platón) la esencia de una casa no es un ítem «sensible»; pero ello sólo en el sentido débil en que no lo son las indicaciones de la repostería, o las que suministra el arte de edificar. Al construir un inmueble, el albañil no contempla una Casa Ideal de valor normativo (ni el repostero un Pastel), sino que ambos siguen un conjunto de instrucciones técnicas. Son esas instrucciones las que «formulan» la esencia del compuesto. Pues si bien Aristóteles afirma que la esencia de una casa es la casa sin materia⁵⁹, de la cual el inmueble sensible en cierto modo (*τρόπον τινα*) proviene, sería erróneo inferir de ello que la casa inmaterial se comporta como un Paradigma, del que todo otro inmueble «participa»⁶⁰. Aristóteles advierte enseguida que la alusión a un inmueble sin materia remite al arte de edificar, en cuyas reglas toda casa está formalmente contenida. La medicina y la arquitectura *son* las formas de las cosas (o estados de cosas) que ellas producen mediante acciones técnicas: *ἡ γὰρ ἰατρικὴ ἐστὶ καὶ ἡ οἰκοδομικὴ τὸ εἶδος τῆς ὑγείας καὶ τῆς οἰκίας* (Z 7, 1032b13-14). Dicho de otro modo, las formas de la casa y la salud no han de buscarse en algún lugar suprasensible, sino en el arte respectivo. El principio inmaterial a partir del cual se originan es una descripción de «aquello en lo que consiste» cada una de ellas (*ὃ ἦν οἰκία εἶναι*), provista por el arte relevante.

A la luz de estas consideraciones encuentra explicación un rasgo particularmente desconcertante del modelo causal aristotélico. Como es sabido, a ojos de Aristóteles, el genuino motor eficiente de un proceso productivo no es el artesano que «protagoniza» la producción, sino el *εἶδος* del producto, tal como éste es descrito y conservado por la *τέχνη* competente. El albañil al que compete la ejecución de un diseño arquitectónico no es un auténtico *motor* en la transmisión de esa forma, sino un rasgo accidental del proceso productivo, que podría incluso interferir con él⁶¹. En la concepción de Aristóteles, el

⁵⁷ Esto es, su οὐσία ἢ κατὰ τὸν λόγον: cf. *DA* II 1, 412b10-12; *Metaph.* Z 10, 1035b13-15; *Phys.* II 1, 193b1-2.

⁵⁸ *Metaph.* H 2, 1043b7-8.

⁵⁹ *Metaph.* Z 7, 1032b11-12.

⁶⁰ Cf. *Metaph.* Z 7, 1032b9-14; *Part. An.* I 1, 640 a31-32. Véase también *Gen. et Corr.* I 7, 324a35, donde se afirma que el arte médico (ἡ ἰατρικὴ) es productivo de la salud, al modo de un agente causal eficiente (ποιῶσα ὑγίειαν).

⁶¹ Cf. *Phys.* II 3, 195a33-35.

artesano se mantiene en segundo plano, pues lo relevante en la producción reside en el diseño que se perpetúa, y no en las peculiaridades de su transmisión. Cuanto menor o más discreta sea la presencia del artesano en la ποιήσις, ésta será más lograda; como observa Stephen Menn, Aristóteles tiende a considerarlo casi como un instrumento más, del que la forma «se vale» para perpetuarse⁶². En los movimientos (impersonales) del artesano (*qua* artesano), Aristóteles discierne la ἐνέργεια del Arte de Esculpir, y *no* la ἐνέργεια peculiar de Policleteo. Prueba de ello es que, al reemplazar a Policleteo por cualquier otro escultor, se obtendrá (*ceteris paribus*) el mismo resultado, con tal de que el εἶδος del producto sea el mismo. Las diferencias de ejecución (si las hay) serán accidentales. En cambio, la Estatuaria, que contiene la forma por realizar, no puede modificarse sin modificar (o desnaturalizar) el resultado. Es el εἶδος del producto lo que debe permanecer inalterable; y éste no reside en Policleteo *qua* ateniense o padre de familia, sino sólo en lo que éste tiene de *escultor*. Es el Arte, entonces, quien se sirve de Policleteo a la manera de un primer instrumento, cuyas acciones productivas (en la medida en que se atengan a las reglas del Arte) serán del todo «impersonales». Dicho de otro modo, Policleteo es una pieza fungible en la cadena causal; el Arte de Esculpir, no. Y la ἐνέργεια del Arte no es más que la forma de lo que ha de producirse, con la salvedad de que ella existe en otro mientras la producción tiene lugar⁶³.

De lo anterior se sigue que la forma no es sólo el estándar ideal que regula un proceso productivo, sino también el (verdadero) «motor» de ese proceso, aun cuando al principio nos parezca que el motor es Policleteo y que el resultado del proceso puede serle atribuido. Lo realmente «productivo» es el Arte de Esculpir, aunque éste se despliegue a través de Policleteo; y cuanto menos influya este escultor en su escultura, mejor será el producto (esto es, más conforme al Arte de Esculpir, y menos impedido en su εἶδος por los manierismos del artífice)⁶⁴. Se trata, sin embargo, de un motor inmóvil, como puede serlo el conjunto de especificaciones técnicas que condensan los rasgos esenciales del producto. En tal sentido, no parece casual que (en variados contextos, entre los que sobresale su discusión del intelecto)⁶⁵ Aristóteles opere con un esquema bipolar, que contrapone «inmediatamente» la τέχνη a la materia, como si aquélla pudiese prescindir de la mediación del artífice. Y es que dicha mediación no es eficaz por sí sola, o lo es tanto más cuanto menos interfiere con las «reglas del arte», y cuanto más se limita a manifestarlas ejecutivamente. Los casos más logrados de intervención técnica son aquellos en los cuales el oficio del artífice se confunde con el Arte, al punto de volverse indiscernible de él. Se comprende que, en tales casos de producción lograda, Aristóteles califique a la propia τέχνη (y no al artífice) como lo auténticamente «causal y productivo»

⁶² Cf. S. Menn (2002, pp. 96; 124-125). Para esta χρήση, cf. *Gen. An.* I 22, 730b19-23; *DA* I 3, 407b25-26.

⁶³ Cf. *Metaph.* Z 7, 1032a25; Z 8, 1033b7-8.

⁶⁴ Cf. *Phys.* II 3, 195a34-35. Como sugiere Menn (2002, p. 124), «in this analysis the artisan and his body almost disappear» o, al menos, devienen causalmente irrelevantes. Menn remite a la observación de *Gen. An.* I 22, 730b21-23, según la cual «el movimiento *del arte* está en cierto modo en los instrumentos» (ἐν ἐκείνοις γὰρ πως ἡ κίνησις τῆς τέχνης). Podría decirse incluso que el artesano es apenas el primer instrumento, en el sentido de aquel en el cual reside inicialmente *el movimiento del arte*, que se comunica enseguida a los útiles inertes que el artesano ocupa para plasmar el producto. Desde el punto de vista de su contribución a la estatua, Policleteo no difiere demasiado del cincel. (Lo que añade Policleteo, su peculiar *façon de faire*, es del todo accidental). Para la presencia de «instrumentos animados» en Aristóteles, cf. *Pol.* 1253b30-1254a. El (aparente) protagonismo artesanal de Policleteo debe, pues, ser alineado (y descartado) junto con el aparente protagonismo ejecutivo del esclavo. En la medida en que cumplen bien su rol, uno y otro son «correas de transmisión» por las que pasa el movimiento de un motor inmóvil: *la forma* contenida en el arte, en el primer caso; el diseño práctico ordenado por el amo, en el segundo.

⁶⁵ Cf. *DA* III 5, 430a10-15.

(τὸ αἴτιον καὶ ποιητικόν)⁶⁶. El artesano competente es aquel que pasa inadvertido, ya que la genuina eficacia motriz está en las Formas, y el artífice sólo es eficaz cuando ejemplifica y transmite las reglas del Arte (o el conjunto de especificaciones técnicas en las que se resume el εἶδος del producto).

CONCLUSION

De cuanto llevamos dicho se desprende que, una vez reducida a lo esencial, una casa consiste en su función doméstica, y que esto es para ella su «ser casa» (ὁ ἦν οἰκία εἶναι). La tarea de albergar personas y bienes, sin ser un ítem habitable, edificable o inhóspito, provee la esencia de un compuesto sensible capaz de instanciar tales predicados; y ello en el doble sentido de «aquello en vistas de lo cual» se lo edifica, como en el de aquello que distingue a un inmueble concreto del conjunto de materiales que lo constituyen. Eso autoriza a dar a esta función abstracta el mismo nombre que conviene a los productos concretos de albañilería, que dependen de aquélla para llegar a ser (*Metaph.* H3, 1043a33-37). Sin ser «algo» concreto —en el sentido de algún ingrediente ostensible—, el «principio de edificación» codificado por la Arquitectura no es tampoco «nada» (dado que gravita decisivamente sobre una producción que, sin él, se torna inexplicable)⁶⁷. La esencia de un inmueble es su función doméstica, que obra como principio de composición durante el curso del edificar.

Hemos intentado mostrar que el ἔργον doméstico, así entendido, es lo que mejor responde a «aquello en lo que consiste ser casa»; y que tal es la entidad formal que Aristóteles tiene en vista cada vez que se refiere a la «substancia inmanente» de un objeto físico (τὸ εἶδος τὸ ἐνόν). Aun cuando pudiera parecer desconcertante, el sentido focal de la palabra «casa» no es el compuesto al que rutinariamente se aplica, sino la *función* que ese compuesto desempeña, y en vistas de la cual se lo edifica. Ello no compromete a Aristóteles a «reificar» dicha función, puesto que le ha sido reservada de antemano una acepción peculiar de la palabra οὐσία. Califica como «substancia» en tal sentido, no el individuo separado, sino la causa (formal, final y motriz) de su separación: ὁ ἂν ἢ αἴτιον τοῦ εἶναι⁶⁸. En cuanto a la problemática «motricidad» de la forma, ésta se vuelve plausible al entender que ella reside ante todo en la τέχνη competente, y que el proceso productivo (*qua* ejercicio técnico) es la ἐνέργεια del arte, y no la del artista.

BIBLIOGRAFÍA

I. Obras de aristóteles, índices y otras fuentes

ALEJANDRO DE AFRODISIA (1887): *De Anima Liber cum Mantissa*, en I. BRUNS (ed.), *Commentaria in Aristotelem Graeca* II, 1, Berlín.

⁶⁶ DA II 5, 430 a11-13.

⁶⁷ *Mutatus mutandis*, podría aplicarse a las formas, y al arte que las contiene, el *dictum* que Wittgenstein (1953/2003, I § 304) refirió a la sensación: «Sie [sc., die Empfindung] ist kein Etwas, aber auch nicht ein Nichts!».

⁶⁸ *Metaph.* Δ 8, 1017b15-16. En su *De Anima* (5.22-6.29), Alejandro de Afrodisia intenta mantener que, aun siendo inseparable (ἀχωδριστον) del cuerpo y contraviniendo en tal medida el criterio de «substancia» dispuesto por *Metaph.* Z 3 (1029a27-28), el εἶδος puede aspirar lícitamente a esa condición, por cuanto cada objeto separado debe a su forma inseparable el hecho de ser algo definido (cf. 6.28-30). Alejandro sugiere que la materia y la forma califican como οὐσία en razón de su relevancia causal: cf. 6.6-13 y n. 2 *supra*.

TOMÁS DE AQUINO, *Opera omnia*, Recognovit ac instruxit Enrique Alarcón automato electrónico Pampilonae ad Universitatis Studiorum Navarrensis aedes a MM A.D. (www.corpusthomicum.org/iopera.html).

- ARISTÓTELES (1959): *De Anima*, ROSS, W. D. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (1961): *De Generatione Animalium*, LOUIS, P. (ed.), Les Belles Lettres, Paris.
 — (1955): *De Generatione et Corruptione*, FURLEY, D. J. (ed.), London.
 — (1957): *De Partibus Animalium*, LOUIS, P. (ed.), Deuxième tirage revu et corrigé, 1990, Les Belles Lettres, Paris.
 — (1949): *Categoriae et Liber De Interpretatione*, MINIO-PALUELLO, L. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (1979): *Ethica Nicomachea*, BYWATER, I. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (1991): *Ethica Eudemia*, WALZER, R. R., y MINGAY, J. M. (eds.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (1957): *Metaphysica*, JAEGER, W. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (1924): *Metaphysica*, ROSS, W. D. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (2003): *Meteorologica*, LOUIS, P. (ed.), Les Belles Lettres, Paris.
 — (1950): *Physica*, ROSS, W. D. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 — (1979): *Topica et Sophistici Elenchi*, ROSS, W. D. (ed.), Oxford Classical Texts, Oxford.
 BONITZ, H. (1870, Berlin)/1955, *Index Aristotelicus*, Graz.

II. *Literatura secundaria*

- P. AUBENQUE (ed.) (1979): *Études sur la Métaphysique d'Aristote*. Actas del VI Symposium Aristotelicum, Paris.
- M. BASTIT (2002): *Les Quatre Causes de l'Être Selon la Philosophie Première d'Aristote*, Peeters, Louvain-La-Neuve.
- R. BAMBROUGH (1965): *New Essays in Plato and Aristotle*, Routledge, Londres.
- J. BARNES (1979): «Aristotle's Concept of Mind», en J. BARNES, M. SCHOFIELD y R. SORABJI (eds.), *Articles on Aristotle*, Duckworth, London, pp. 34-41.
- G. BARNES (2003): «The Paradoxes of Hylomorphism», *The Review of Metaphysics*, vol. 56, n.º 3, pp. 501-523.
- P. BENACERRAF y H. PUTNAM (1964): *Philosophy of Mathematics : Selected Readings*, Cambridge University Press, Cambridge.
- B. BOTTER (2007): «Il Problema della Compatibilità tra gli Analitici Secondi e le Scienze della Natura in Relazione alla Teoria della Definizione», *Journal of Ancient Philosophy*, vol. 1, n.º 2, pp. 1-25.
- J. BRUNSCHWIG (1979): *La Forme, Prédicat de la Matière?*, en Aubenque 1979, pp. 131-160.
- M. BURNYEAT (2001): *A Map of Metaphysics Zeta*, Mathesis Publications, Pittsburgh.
- D. CHARLES (2000): *Aristotle on Meaning and Essence*, Oxford University Press, Oxford.
- D. CHARLES, T. SCALTSAS y M. L. GILL (eds.) (1994): *Unity, Identity and Explanation in Aristotle's Metaphysics*, Oxford University Press, Oxford.
- A. CODE (1986): *Aristotle: Essence and Accident*, en Grandy & Warner 1986, pp. 411-439.
- S. M. COHEN (1992): *Hylomorphism and Functionalism*, en Nussbaum & Rorty 1992, pp. 57-73.
- G. FINE (ed.) (1999): *Plato 1. Metaphysics and Epistemology*, Oxford University Press, Oxford.
- P. T. GEACH (1956): «The Third Man Again», *Philosophical Review*, vol. 65, n.º 1, pp. 72-82.
- K. GÖDEL, (1944): *Russel's Mathematical Logic*, en Benacerraf & Putnam 1964, pp. 211-32.
- A. GÓMEZ-LOBO (2008): «Inmortalidad y Resurrección. Problemas Filosóficos y Respuestas Actuales», *Estudios Públicos*, vol. 112, pp. 267-284.
- R. GRANDY y R. WARNER (eds.) (1986): *Philosophical Grounds of Rationality. Intentions, Categories, Ends*. Oxford University Press, Oxford.
- J. KUNG (1978): «Can Substance Be Predicated of Matter?», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, vol. 60, n.º 2, pp. 140-159.
- (1981): «Aristotle on Theses, Suches and the Third Man Argument», *Phronesis*, vol. 26, pp. 207-247.
- J. LENNOX (2001): *Aristotle's Philosophy of Biology*. Cambridge University Press, Cambridge.
- (2001): «Are Aristotelian Species Eternal?», *Lennox 2001*, pp. 131-159.

- F. LEWIS (1994): *Aristotle on the Relation Between a Thing and Its Matter*, en Charles, Scaltsas & Gill. 1994, pp. 247-277.
- M. LOUX (1979): «Form, species and predication in *Metaphysics Z, H, TH*», *Mind*, vol. 88, n.º 349, 1-23.
— (1991): *Primary Ousia*, Cornell, New York.
- S. MENN (2001): «*Metaphysics Z 10-16 and the Argument-Structure of Metaphysics Z*», *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, vol. 21, pp. 83-134.
— (2002): «Aristotle's Definition of Soul and the Programme of the *De Anima*», *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, vol. 22, pp. 83-139.
- F. MIÉ (2005): «Substancia y Predicación en las *Categorías* de Aristóteles», *Elenchos*, vol. 26, pp. 317-355.
- A. NEHAMAS (1975): «Plato on the Imperfection of the sensible World» en Fine, G. 1999, pp. 171-191.
- M. NUSSBAUM y H. PUTNAM (1992): *Changing Aristotle's Mind* en Nussbaum & Rorty 1992, pp. 27-56.
- M. NUSSBAUM y A. O. RORTY (eds.) (1992): *Essays on Aristotle's De Anima*, Oxford University Press, Oxford.
- R. POLANSKY (2007): *Aristotle's De Anima: A Critical Commentary*, Cambridge University Press, Cambridge.
- G. RYLE (1949): *The Concept of Mind*. Hutchinson, Londres.
- F. DE SAUSSURE (1969): *Cours de Linguistique Générale*, Paris.
- C. SHIELDS (1990): *The First Functionalism*, en Smith 1990, pp. 19-33.
— (1993): «The Homonymy of the Body in Aristotle», *Archiv für Geschichte der Philosophie*, vol. 75, n.º 1, pp. 1-30.
- J. C. SMITH (ed.) (1990): *Historical Foundations of Cognitive Science*, Kluwer Academic Publishers, Dordrecht.
- R. TURNBULL (1958): «Aristotle's Debt to the "Natural Philosophy" of the *Phaedo*», *Philosophical Quarterly*, vol. 8, n.º 31, pp. 131-143.
- G. VLASTOS (1954): «The Third Man Argument in the *Parmenides*», *Philosophical Review*, vol. 63, n.º 3, pp. 319-349.
— (1965): *Degrees of Reality in Plato*, en Bambrough, 1965, pp. 1-18.
- R. WELLS (1947): *De Saussure's System of Linguistic, Word*, vol. 3, pp. 1-31.
- W. WIELAND (1970): *Die Aristotelische Physik*, Vanderhoeck & Ruprecht, Göttingen.
- B. WILLIAMS (1986) «Hylomorphism», *Oxford Studies in Ancient Philosophy*, vol. 4, pp. 189-199.
- L. WITTGENSTEIN (1953/2003): *Philosophische Untersuchungen*, Suhrkamp Verlag, Frankfurt.

Instituto de Filosofía
Universidad de los Andes, Chile
jmittelmann@uandes.cl

JORGE MITTELMANN

[Artículo aprobado para publicación en octubre de 2010]